

EN la vieja Ciudadela de Barcelona. Un anochecer de 1845. Tras de aquellas odiadas murallas, en un estrecho calabozo, se halla encerrado un muchacho de veinte

años, con el cuerpo enfermo y el alma soñadora. A través de las rejas, llega hasta la prisión, con las últimas claridades crepusculares, un rumor de frondas y un gorjear de pájaros.

Aquel joven es un preso político. En los tiempos de Narváez y González Brabo bien está en la cárcel un mozo de corazón republicano, criado en las avanzadas proletarias y enamorado de los ideales de la Revolución francesa. Un régimen de represión pesaba sobre toda España. Sentía el muchacho que su espíritu se ahogaba en aquel ambiente reaccionario, lo mismo que sus pulmones respiraban mal entre los muros de la sombría Ciudadela, erigida, para escarmiento de los catalanes, por el absolutismo centralista de Felipe V. Pero lo mismo que el fresco aire vespertino entraba, consolador, por la ventanilla de la celda, así también, bajo la represión política, corrían por el país ráfagas de idealismo y de libertad.

¡Años románticos de mil ochocientos cuarenta y tantos!... Todo su frustrado anhelo palpaba entonces en el alma del joven encarcelado. Medio tendido sobre el camastro ruin, aspiraba con melancólica voluptuosidad aquel aire de fuera, cargado de aromas y de cánticos. Recordaba, quizás, las cortas jornadas de su vida. Los sueños infantiles, la súbita pobreza del hogar, el aprendizaje en el taller de tornero, el amor a la blusa del trabajo, las fatigas, las enfermedades, las ilusiones; el ansia de redimir a sus camaradas obreros, emancipándolos de la servidumbre económica y de la miseria espiritual; la fe republicana; aquella Junta Central revolucionaria, en la que él ocupaba ya un lugar apenas traspuesta su penosa adolescencia; el terrible bombardeo de Barcelona... ¿Qué valía todo aquello? ¿Eran delirios de niño? ¿Era, acaso, la aurora de los futuros movimientos sociales que habían de transformar la vida de los pueblos?

El pobre muchacho se sentía dominado por la emoción. Poco a poco el calabozo iba quedando a oscuras. Perdía casi en las sombras la doliente figura del prisionero, con el rostro afeado por el defecto de un ojo, y el cuerpo un poco torcido. En endeble organismo se alberga, a veces, un gran corazón. Ya fuera, entre las ramas, las últimas aves enmudecían. El silencio, la soledad, agobiaban. Mas en el gran corazón generoso empezaba a sonar suavemente una música interior. Música espiritual, música amorosa, música de anhelos y de esperanzas, a cuyo son habían de cantar después millares y millares de hombres...

—¡Belleza y Libertad!...—suspiraba el joven recluso—. No hay otra cosa que merezca el dolor de una vida. Yo consagraré la mía a elevar material y espiritualmente a los hijos de mi pueblo, despertando en ellos el sentimiento de estas dos supremas aspiraciones: ¡Libertad y Belleza!... Si los antiguos levantaban sus ciudades al son de la lira, que el semi-diós pulsaba, ahora será el pueblo mismo el que, al son de sus cantos varoniles, edifique dentro de las almas la ciudad del

La voz de Clavé

Por LUIS DE ZULUETA

coros, fraternalmente, colectivamente, juntando a todos los obreros en la conciencia de su solidaridad. La canción del trabajador aislado es un lamento; la de todo el pueblo unido es un himno de victoria. Les redimiré de su esclavitud; afinaré su espíritu; les sacaré de la servil sumisión o de la degradante taberna;

encenderé en sus pechos la antorcha del ideal... Y el pueblo se levantará. Cataluña será una democracia social, regida según la Justicia. Lo será España entera, federalmente unida, colaborando todos sus hijos con espontánea voluntad al bien común...

Aquel mozo que así divagaba en sus nobles inquietudes llamábase José Anselmo Clavé. Fué en el calabozo donde concibió la idea primera de los Coros populares. Idea brotada en el alma del perseguido, del avanzado, conservó toda su vida el impulso inicial de emancipación. Al lado de las dulces canciones comarcales, enseñó Clavé al pueblo las notas universales de *La Marsellesa*, no como himno francés, sino como cántico de liberación humana. Tradujo al catalán las estrofas de Rouget de l'Isle. Y un día, el antiguo preso de la Ciudadela, rodeado ya de centenares de obreros, alzó su brazo sobre las rojas barretinas, heredadas de la Frigia, y, dirigiendo al coro, oyó *La Marsellesa* en la voz imponente de las masas acordes...

«Al arma, al arma, fills del poble!»—«Lo

jorn de gloria es arribat!»...

Pasaron los años. Llegó el 68 con la Revolución. Llegó el 73 con la República. Entonces intervino Clavé en la vida política. Al frente de la Diputación de Barcelona, afirmó el federalismo y evitó el cantonalismo. Mostró, con su ejemplo, que en un ambiente de democracia el amor a las libertades locales es la más firme garantía de la unidad de España. Sentóse luego, como diputado, en las Cortes Constituyentes. Cuando, el 3 de enero de 1874, el general Pavía disolvió el Parlamento, Clavé, amargado y enfermo, retornó a Barcelona y se encerró en su casa, de la que ya no volvió a salir más. Sólo salió su cadáver, unas semanas después.

...Y ahora, cincuenta años más tarde, acogemos cordialmente, en este Madrid abierto y hospitalario, a los Coros de Cataluña. Oímos sus voces, recias como su tierra natal, y no hallamos para recibirles mejor saludo, mejor bienvenida, que la evocación sincera del Maestro. Cuando los cantores enmudecen, y terminan los discursos oficiales, y se apaga el rumor de los aplausos, parece que en el aire, todavía estremecido, flota la sombra gloriosa de José Anselmo Clavé.

En el silencio vibrante, aquella música interior de otro tiempo vuelve aún a sonar débilmente como en la noche de la Ciudadela. ¿Es la voz remota del Maestro? ¿Es una palabra de ultratumba o un eco lejano de aquellos veinte años soñadores?... ¡Belleza y Libertad!..., diríamos que murmura todavía. ¡Que sepan unirse, como en la armonía de un coro, todas las manos trabajadoras, todas las frentes idealistas!... ¡Que a una y otra orilla del padre Ebro no haya más que respeto recíproco para lo que es y debe ser diverso, y un mismo

Los coros de Clavé,

por BAGARÍA.



CLAVÉ.—Cantad, cantad, hijos de España, las canciones de vuestro pueblo; pero no olvidéis sus sufrimientos.